

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

“Los descamisados o la voz de los sin voz”.

Graciela Pozzi.

Cita:

Graciela Pozzi (2011). *“Los descamisados o la voz de los sin voz”*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/853>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Los descamisados o la voz de los sin voz

Graciela Pozzi

CBC – UBA IIGG FSOC Proyecto UBACYT 20020090200052

grapozzi@gmail.com

Resumen

Los “descamisados” fueron actores centrales de las transformaciones que acompañaron el proceso de industrialización liviana y se constituyeron como nueva fuerza de trabajo urbana, innovando el perfil del mundo laboral. Provenían del interior del país, de ahí que se los denominó migrantes internos, se radicaron en las áreas suburbanas o en la periferia de la ciudad, principalmente en la zona sur generando una estrecha identidad entre el lugar de trabajo y el de residencia así como entre las relaciones laborales y los lazos familiares porque era común que la familia trabajara en la misma empresa. No portaban una identidad ligada a lo extranjero, ni otras formas religiosas que no fueran las católicas, tampoco abrazaron el ideario de la revolución y sin embargo concitaron una de las formas más profunda de odio de clase que persistió hasta mucho después de la caída del gobierno peronista.

Uno de sus rasgos más interesantes fue que no se consideraban solamente trabajadores sino que se llamaron a sí mismos “el pueblo”, no simplemente población, como dato estadístico, sino que se consideraron el emergente de los que no tenían voz. Cuestión que analizaremos a través de la conceptualización de pueblo construida por Ranciere ya que su rasgo más interesante es que en ella no hay una descripción sociológica de actores precisos sino más bien la idea de una multiplicidad de grupos que constituyen una diversidad antagónica es decir el reclamo de la parte de los sin parte.

Palabras claves

Subjetividad- estigmatización- litigio- comunidad-pueblo

LOS DESCAMISADOS O LA VOZ DE LOS SIN VOZ¹

En la década del 40 se hizo visible un nuevo actor social que tuvo su bautismo de fuego el 17 de octubre de 1945: los descamisados o como se los llamaba despectivamente “cabecitas negras”. Nada más apropiado para definir el vocablo “descamisados” que lo dicho por Sartre: *“las palabras hacen estragos cuando encuentran un nombre para lo que hasta entonces ha vivido innominado”* La palabra “descamisado” entrañaba una explícita connotación de

¹ El presente trabajo corresponde al Proyecto UBACYT 20020090200052 Programación 2010-2010 dirigido por el Dr. Marcelo Raffin. El lazo colonialista. Reconfiguración de la dominación contemporánea en la figura del colonizado.

inferioridad tanto social como política y moral ya que haciendo referencia a la ropa de trabajo descalificaba a los trabajadores mismos. Fue un vocablo usado por parte de la sociedad civil como forma de bastardear a los trabajadores que apoyaban a Juan Perón. Justamente el peronismo fue el que invirtió su sentido que estaba asociado a formas de vida supuestamente impropias, incorporándolo a la acción política y social.

Los “descamisados” fueron actores centrales de las transformaciones que acompañaron el proceso de industrialización liviana y se constituyeron como nueva fuerza de trabajo urbana, innovando el perfil del mundo laboral. Provenían del interior del país, de ahí que se los denominó migrantes internos, se radicaron en las áreas suburbanas o en la periferia de la ciudad, principalmente en la zona sur generando una estrecha identidad entre el lugar de trabajo y el de residencia así como entre las relaciones laborales y los lazos familiares porque era común que la familia trabajara en la misma empresa. No portaban una identidad ligada a lo extranjero, ni otras formas religiosas que no fueran las católicas, tampoco abrazaron el ideario de la revolución y sin embargo concitaron una de las formas más profunda de odio de clase que persistió hasta mucho después de la caída del gobierno peronista. Ese mismo gobierno peronista que modificó las condiciones básicas de existencia de los grupos populares al hacer realidad las demandas acumuladas por décadas de políticas excluyentes: la casa propia, las vacaciones, el acceso a la educación y la salud, una forma de ocio recreativo que se fomentó a través de las actividades deportivas y también del dispositivo cinematográfico y radial, el acceso a consumo de bienes durables y a espacios sociales antes reservados exclusivamente a las clases altas o sus sucedáneos para los grupos medios. Como sintetizó Discépolo en sus charlas radiales

“...ahora las manos se extienden, no para pedir limosna, sino para saber si llueve” o “...antes los pibes miraban la nata por turno y ahora pueden irse a la escuela con la vaca puesta”ⁱ

Si recuperamos la visión que los grupos populares tenían de la década del treinta veremos que fue experimentada por muchos trabajadores como un tiempo de frustración y humillación profunda a diferencia de lo que ocurrió en la década posterior:

“jornadas sin horario...la hora de salida la fijaba el patrón. Toda la felicidad para una familia obrera consistía en conservar el trabajo. El miedo a la desocupación en esa época lleva a la humillación. Al callarse y no hablar, la falta de acciones de defensa elementales lleva a la declinación moral, al escepticismo. Dentro de una fábrica, de un establecimiento, el obrero estaba solo, desintegrado de toda conciencia social”ⁱⁱ

Pero esta no era la visión de la élite dominante, que los asimilaba a los bárbaros que no perteneciendo a la polis entraban en ella y violaban sus lugares más sagrados. Por eso los llamaron el “aluvión zoológico” y en agosto de 1944, la Sociedad Rural afirmó que:

“En la fijación de salarios es primordial determinar el estándar de vida del peón común. Son a veces tan limitadas sus necesidades materiales que un remanente trae destinos, socialmente, poco interesantes. Últimamente se ha visto en la zona maicera entorpecerse la recolección debido a que con la

abundancia del cereal y el buen jornal por bolsa, resultaba que con pocos días de trabajo se daban por satisfechos, holgando los demás”ⁱⁱⁱ

Se dijo de ellos que fueron fácilmente manipulados gracias a las habilidades políticas y oratorias de Juan Perón, que respondieron a los beneficios y prebendas que se les otorgaba desde un Estado paternalista, que fueron seducidos por la retórica nacionalista cuestión que los alejó de las organizaciones sindicales formadas al calor de las luchas obreras de décadas anteriores. Se los acusó de buscar la satisfacción de sus necesidades y de adecuarse a una política social que tenía más un carácter preventivo que reivindicativo o revolucionario. Se constituyeron así en el nuevo “guarango” que imponía su presencia en las confiterías de la clase media, de la misma forma en que antes los inmigrantes prósperos se habían introducido en los salones de las clases altas para espanto de Miguel Cané. Martínez Estrada los describió diciendo:

“...el 17 de octubre volcó a las calles céntricas de Buenos Aires un sedimento social que nadie había reconocido. Parecían una invasión de gentes de otro país, hablando otro idioma, vistiendo trajes exóticos y, sin embargo, eran nuestros hermanos harapientos, nuestros hermanos miserables...salieron a pedir cuenta de su cautiverio, a exigir un lugar al sol y aparecieron con sus cuchillos de matarifes en la cintura, amenazando con un San Bartolomé del Barrio Norte. Sentimos escalofríos viéndolos desfilar en una verdadera horda silenciosa con carteles que amenazaban tomarse una revancha terrible.”^{iv}

“Descamisados de la patria retemplados en el trabajo” así los definiría Eva Perón en su discurso de renunciamento. Eva Perón, la Eva o Evita fue su mejor representante, nacida como hija bastarda en un pueblo perdido del interior (Los Toldos) su destino, según el imaginario de la época, debió haber sido el de sirvienta. Convertida en actriz de cine y radioteatro, y no en cantante lírica como Regina Paccini, ocupó el lugar de primera dama al casarse con Juan Perón. Una “guaranga” de pura cepa al decir de las damas de sociedad que la vivieron del mismo modo que a los “descamisados”, como un insulto a las “tradiciones”. El mundo del cine reflejó este estereotipo en el personaje creado por Nini Marshal, personaje que no estaba destinado a recrear las formas de vida de los migrantes pero que contenía muchas de sus características. “Catita”, a él nos referimos, con su vestimenta estrafalaria, sus confusiones en el uso del idioma, su reivindicación del barrio y de la gente de trabajo, su querrela con los “pitucos” venía a representar un nuevo actor que irrumpía en el escenario político y social argentino de las décadas de 1940 y 1950. Zapatos, trajes y libros pertenecían al mundo de los “cajetillas”, el overol y las alpargatas los identificaban mejor con el suburbio en el que vivían y que aparecía como opuesto al centro de la ciudad. Casas de chapa corrugada, que con los años se transformarían en viviendas de portland y ladrillo, la cercanía con los frigoríficos y su olor característico constituían su territorio, un lugar desconocido para el resto de la sociedad. Un testimonio recogido por Daniel James da cuenta de lo dicho:

“...Otra cosa que recuerdo... es que siempre me sentía extraño cuando iba al centro de Buenos Aires...como si uno no estuviera en su ambiente, que era absurdo pero te sentías que ellos te miraban despectivamente, que no estabas bien vestido.”^v

Uno de sus rasgos más interesantes fue que no se consideraban solamente trabajadores sino que se llamaron a sí mismos “el pueblo”, no simplemente población, como dato estadístico, sino que se consideraron el emergente de los que no tenían voz. En este punto es donde nos interesa introducir la conceptualización de pueblo construida por Ranciere ya que su rasgo más interesante es que en ella no hay una descripción sociológica de actores precisos sino más bien la idea de una multiplicidad de grupos que constituyen una diversidad antagónica, cuestión que queda planteada en la siguiente cita: *“Es en nombre del mal hecho a ellos por las otras partes que el “pueblo” se identifica con el conjunto de la comunidad. Todo aquel que no tiene parte –el pobre de los tiempos antiguos, el tercer estado, el proletariado moderno- no puede, de hecho, tener otra parte que todo o nada. Además de esto, es a través de la existencia de esta parte de aquellos que no tienen parte, de esta nada que es todo, que la comunidad existe como comunidad política, es decir, dividida por una disputa fundamental, por una disputa referida al contar de las partes de la comunidad, más aún que a sus “derechos”. El pueblo no es una de las clases entre otras. Es la clase de los excluidos, que hiere a la comunidad y la establece como comunidad de lo justo y lo injusto”^{vi}*

Contado así el pueblo queda establecido como un componente parcial, objeto de opresión, que aspira a ser considerado como una totalidad legítima y al mismo tiempo coincide con el ser una *plebe*, entendida como los menos privilegiados, que aporta a la comunidad un litigio. Un litigio que resulta insalvable porque pone en entredicho las formas mismas de distribución de las partes en la comunidad.

Sabemos que para la filosofía griega clásica la idea de que una comunidad ordenada y buena dependía de la subordinación de sus partes a un todo, o dicho de otra manera, todo modo histórico necesitaba que las relaciones de poder que la habitaban tuvieran una visibilidad concreta. En la idea de comunidad griega las relaciones entre los individuos se encontraban sometidas a una armonía geométrica que otorgaba a cada parte una función específica en la economía del todo. Sin embargo, esta distribución o como Ranciere la llama “esta cuenta” de los agentes, de acuerdo con sus funciones, es interrumpida por una anomalía: el surgimiento de algo que es esencialmente incontable y que, como tal, distorsiona el principio mismo de contar. Esto ocurre cuando:

“el orden natural de la dominación y la repartición de partes entre las porciones de la sociedad se ven interrumpidos por la aparición de una porción supernumeraria: el demos, que identifica la colección de los no contados en la comunidad”^{vii}

Como es sabido, la idea de “contar”, en Ranciere, alude a establecer posiciones de sujeto, o dicho de otro modo, a asignar identidades en un cierto orden social. Un orden tal que para su funcionamiento debe designar y distribuir las partes que lo componen, lo que le permite naturalizar y a la vez normalizar dicho funcionamiento. Identidades que, por otra parte, resultan necesarias en cada momento histórico concreto y conllevan la necesidad de una forma de reconocimiento.

Para el análisis que estamos llevando a cabo lo que nos interesa recuperar es la forma en que Ranciere analiza la relación entre las partes de la sociedad.

Una relación en la que lo que es puesto en cuestión es la forma de reparto de lo que se posee en común y por lo tanto los modo de ejercer poder sobre eso en común. Ranciere sostiene que el problema no se limita al equilibrio de pérdidas y ganancias sino que refiere al reparto de las partes de la comunidad y a los títulos que habilitan tal reparto:

“Para que la ciudad esté ordenada según el bien, es preciso que las cuotas de comunidad sean estrictamente proporcionales a la axia de cada parte de la comunidad: al valor que aporta a la comunidad y al derecho que este valor le da en poseer una parte del poder común”^{viii}

Entre esos *axiai* o títulos de la comunidad, en la ciudad griega, podemos reconocer la riqueza de los pocos que pertenece a los *oligoi* y del lado del *demos* la libertad que se posee por haber nacido en la polis después que fuera abolida la esclavitud por deudas.

“Cualquiera de esos cuerpos parlantes condenados al anonimato del trabajo y la reproducción cualquier artesano o tendero se cuenta en esa parte de la ciudad que se denomina pueblo como participantes en los asuntos comunes en tanto tales. La imposibilidad de que los oligoi redujeran a sus deudores a la esclavitud se convirtió en la apariencia de una libertad que sería la propiedad positiva del pueblo como parte de la comunidad”^{ix}

Lo que parece estar en litigio tanto en la ciudad griega como en el momento histórico que nos ocupa es la aceptación o no del fundamento de la dominación, donde los *oligoi* imponen la coincidencia entre riqueza y dominación. Todo discurso que funda la dominación y su correspondiente naturalización en la sangre, el origen divino o la estirpe queda puesto en duda o reducido al fundamento de la riqueza que usurpa la propiedad común. No hay ya un derecho absoluto sino un *axia* particular. La libertad es la condición común que califica a los hombres sin cualidades, aquellos que no pueden mostrar en la polis ni riqueza ni virtud. Por lo tanto tenemos una particularidad cuyo único rol es ser la simple encarnación de la universalidad. Esto es lo que distorsiona todo el modelo geométrico que describe la buena comunidad. Por eso dirá Ranciere.

El escándalo es que cualquier tendero puede dar su opinión en la Asamblea sobre como conducir los asuntos de la polis. La revelación brutal de que “cualquiera” puede decir su palabra sobre el bien común, la anarquía última sobre la que descansa toda jerarquía.

En el capítulo I de la República, Sócrates plantea una ciudad donde el gobierno basado en un orden natural promueve el intercambio de servicios entre los guardianes protectores y los artesanos y labradores que aseguran la subsistencia. Esto genera la respuesta de Trasímaco cuando enuncia en beneficio de quien se ejerce el gobierno de la polis:

“Pues porque te imaginas que los pastores tiene en mira el bien de las ovejas cuando las engordan y las cuidan... Del mismo modo supones que los que gobiernan en las ciudades, los que en verdad gobiernan, tienen con respecto a sus súbditos otras intenciones que el pastor con respecto a las ovejas. ... Con tu conocimiento tan avanzado de la justicia ignoras que la justicia y lo justo son, en realidad, el bien ajeno, ya que es el interés del más fuerte y del que manda, y que el daño, a su vez, es lo propio del que obedece y que sirve,... y como

*súbditos, tienen que trabajar en interés del que es más fuerte, cuya felicidad realizan ellos con su servicio, pero de ningún modo la suya propia.**

Esta enunciación puede ser articulada de manera epocalmente diferente: sólo hay soberanos y vasallos, amos y siervos, gente de bien y gente vulgar, elites y multitudes indiferenciadas. Dicho de otra forma, el orden en la sociedad es posible porque unos mandan y otros obedecen. Ahora bien, para obedecer una orden se requiere comprenderla, lo que trae aparejado un “logos” común que pone en entredicho todo orden jerárquico. Pero para los amos el logos es aquel que se articula entre ellos, el resto de la sociedad se constituye de seres privados de la palabra y del entendimiento que sólo pueden proferir un sonido animal, por fuera de un orden simbólico común. Estos hombres sólo viven una nuda vida. Lo inesperado ocurre cuando los plebeyos hacen lo que era impensable se instituyen a sí mismos como seres parlantes que poseen las mismas cualidades que aquellos que se las niegan. Se muestran en la modalidad de la trasgresión como seres dotados de una palabra que no expresa meramente la necesidad, el sufrimiento y el furor sino que manifiesta inteligencia. Esta manifestación de inteligencia denuncia el carácter contingente del ordenamiento social y distorsiona la cuenta de las partes ya que subvierte las identidades establecidas. El descamisado no es otra cosa que un sujeto político que se erige como un universal enfrentando la universalidad naturalizada a la vez que reclama una nueva igualdad. En palabras de Ranciere:

“...el demos se atribuye a sí mismo como parte la igualdad que pertenece a todos los ciudadanos. Al hacerlo, esta parte que no es una, identifica su propiedad impropia con el principio exclusivo de la comunidad e identifica su nombre – el nombre de la masa indistinta de los hombres sin ninguna posición – con el nombre mismo de la comunidad. El pueblo se apropia de la cualidad común como si le perteneciera. Lo que aporta a la comunidad es, estrictamente hablando, el litigio”^{xi}

El 17 de octubre o el “carnaval peronista”

Para poder analizar la forma en que “los descamisados” se fueron convirtiendo en un elemento disruptivo para el orden establecido, de manera análoga a los gauchos y los inmigrantes en el pasado, vamos a considerar dos momentos que los cuentan como protagonistas centrales y los enfrentan con los que distribuyen las partes de la comunidad: el 17 de octubre y la caída del peronismo en 1955. En el primero de ellos la querella quedó circunscripta al orden simbólico, se los atacaba desde el discurso y desde éste se iba construyendo la idea de una anomalía. Diez años después, el enfrentamiento admitió la posibilidad de la muerte del otro a través del bombardeo de la Plaza de Mayo.

El 17 de octubre fue descrito por Scalabrini Ortiz de la siguiente manera:

“...un pujante palpitar sacudía las entrañas de la ciudad. Un hálito áspero crecía en las densas vaharadas, mientras las multitudes continuaban llegando. Venían de las usinas de Puerto Nuevo, de los talleres de Chacarita y Villa Lugano...brotaban de los pantanos de Gerli y Avellaneda o descendían de Lomas de Zamora. Hermanados en la misma fe iban el peón rural de Cañuelas

y el tornero de precisión, el fundidor, el mecánico de automóviles, el tejedor, el hilandero”^{xii}

Si tomamos el recuerdo de los participantes veremos que en la propia descripción aparecen cuestiones como las siguientes:

“La gente coreaba estribillos y cantaba, se jugaba y se reía, la comida y la bebida pasaba de mano en mano. El tiempo estaba espléndido, todos estaban contentos”^{xiii}

El relato da cuenta de que los que marcharon lo hicieron en mangas de camisa, que había hombres vestidos de gauchos o se habían engalanado con cintas, flores y escarapelas. Se entretenían coreando canciones populares o bien bailando en medio de la calle, que eligieron para acompañar sus cantos la música de bombos, dirigiéndose al público que los observaba a los gritos y profiriendo insultos, cubriendo a su paso todo lo que encontraban con inscripciones hechas con tiza o carbón. Con mucha perspicacia, James cita el caso de un obrero que habiendo roto la vitrina de una joyería lucía en su muñeca un reloj diciendo:

“¡nunca en mi puta vida tuve un reloj!”^{xiv}

Este ambiente fue calificado de desbarajuste y desenfreno por los medios escritos y constituyó efectivamente un cambio en la forma de expresión de los grupos obreros apartándose substancialmente de los modelos de la época sobre el comportamiento público que se consideraba tolerable en los grupos populares. En las formas asumidas se podía ver un cierto retorno del gaucho y de expresiones características del hombre del interior que ahora se amalgamaban con las particularidades de los inmigrantes. Dentro de las propias organizaciones obreras se los calificó como *“una murga plagada de compadritos”^{xv}* lo más cercano a una horda bárbara a la que se le negaba el ser auténticos trabajadores aduciendo que carecían de la solemnidad y dignidad que debían caracterizar estas manifestaciones. Eran más la encarnación de la pasión que de la razón, hombres que no participaban del *logos* común. En la medida en que se sintieron dispensados de la disciplina de la fábrica o de cualquier forma de rutina y accedieron a lugares que les estaban vedados y a los que nunca tendrían pleno derecho, atacaron esos lugares e instituciones emblemáticas cuya función era la de transmitir y legitimar la riqueza y el prestigio social. En el análisis que se hizo en la época sobre las características de la manifestación pesaron indudablemente posiciones que se venían sosteniendo sobre el comportamiento de las multitudes. La siguiente cita describe bien esta cuestión:

“Podemos resumir el carácter psicológico de la multitud simple o desorganizada afirmando que es excesivamente emocional, impulsiva, violenta, inconstante, inconsistente, irresoluta y extrema en la acción, desplegando sólo las emociones más ordinarias y los sentimientos menos refinados; extremadamente sugestionable, descuidada en la reflexión, precipitada en los juicios, incapaz de otra cosa que las formas simples e imperfectas de razonamiento, fácilmente influida y conducida, carente de autoconciencia, desprovista de amor propio y de sentido de responsabilidad y apta para ser arrastrada por la conciencia de su propia fuerza, de manera que tiende a

producir todas las manifestaciones que hemos aprendido a esperar de cualquier poder irresponsable y absoluto^{xvi}

Otra característica de la movilización tuvo que ver con que la violencia de la jornada estuvo teñida de un carácter ritualista que se reflejaba en el ataque a todo aquello que representara el orden establecido. Un orden que comprendía privilegios a los que “los descamisados” no tenían acceso. De hecho con el correr de los años durante el primer o segundo gobierno peronista para poder acceder a vacaciones en los lugares a los que asistía la clase media construyeron, desde los sindicatos, sus propios hoteles. Así como al no poder asistir a los clubes prestigiosos de la época como Gimnasia y Esgrima generaron los clubes de barrio, en los que se reunían las familias y se hacían los bailes. Si bien todavía no atacaban frontalmente al poder lo horadaban momentáneamente en su significación simbólica, empujaban a los codazos para ser incluidos en el sistema, no buscaban cambiarlo pero el sistema no podía incluirlos sino cambiaba.

La querrela parecía circunscribirse al orden simbólico. Sin embargo debe considerarse que proviniendo de provincias pobres del interior traían consigo el bagaje de demandas incumplidas desde la época de la “organización nacional” y que lo que reclamaban era una forma de inclusión social que iba más allá de la modificación de las formas culturales de la sociedad civil. Que compartiendo el espacio del barrio con los inmigrantes y sus experiencias de lucha iban adquiriendo formas de organización cada vez más complejas. Si bien es cierto que durante el 17 los ataques se dirigieron contra entidades tales como la prensa y las universidades, espacios ajenos al mundo del trabajo, con los años lo que se pondría en cuestión sería la forma del reparto de bienes que ellos contribuían mayoritariamente a crear.

En la medida en que “los descamisados” ganaban espacios en lo económico, lo social o lo cultural mayor era el encono en los grupos no peronistas ya que los sectores más tradicionales de la sociedad se habían sentido doblemente amenazados, en lo económico y en sus pautas culturales. El acceso, por ejemplo, de los sectores populares a los espectáculos artísticos del Teatro Colón era percibido como una lesión grave y humillante ya que cuestionaba por una parte la exclusividad de los sectores dominantes sobre ciertos aspectos de la “alta cultura” e impugnaba su idea sobre quienes podían y no podían asistir a estos espectáculos. Una serie de medidas tomadas durante el segundo gobierno peronista resultaron particularmente irritantes para sectores como la Iglesia católica y los grupos medios, nos referimos a la legitimación de los hijos nacidos fuera del matrimonio, el status legal del concubinato y el voto femenino. En el testimonio de gente de la época vemos reflejada esta cuestión: *“la iglesia no nos va a perdonar nunca que para el pueblo llegó un momento en que lo importante no era ir a la parroquia sino al sindicato”*.^{xvii}

La amenaza a los sectores dominantes se completaba con la reconfiguración de la idea de ciudadanía en tanto el peronismo había incluido en ella los derechos sociales. Si tenemos en cuenta que la participación política en la década del treinta estuvo signada por la famosa frase “vos ya votaste”, que implicaba la consumación del fraude electoral y por tanto la existencia de una democracia formal con escaso contenido en lo real, entenderemos mejor lo que significó que el peronismo ligara los derechos políticos con la cuestión social.

Por una parte, se daba una afirmación de los trabajadores como presencia social, por otra, se los habilitaba a participar del desarrollo económico del país. La idea de pueblo los incluía como nunca antes ya que en los discursos de Juan Perón solía intercambiarse el término pueblo por el de “pueblo trabajador”. Era, sin duda, una forma plebeya de la política en la que se veían representados ya que se los interpelaba desde un lenguaje que les resultaba común.

Fin de fiesta.

El segundo momento que nos interesa destacar tiene que ver con un episodio previo a la caída del gobierno peronista. Para junio de 1955, el segundo gobierno constitucional de Juan Perón ya se encontraba jaqueado por las estrategias económicas y políticas del nuevo orden internacional surgido de la posguerra. Simultáneamente se veía exigido por demandas cruzadas en el 2º orden interno que implicaban elegir entre incrementar el régimen de acumulación de capital o continuar con una política distribucionista.

Los enfrentamientos entre el gobierno y la oposición tuvieron un momento paradigmático que fue el bombardeo de junio del 55 a la población civil que transitaba por la Plaza de Mayo. El bombardeo fue llevado a cabo por fuerzas conjuntas de la marina y la aviación, cuyas naves llevaban la inscripción “Cristo vence” y trataban de asesinar al presidente Perón. Durante varias horas se descargaron sobre la población inerte toneladas de bombas que dejaron como saldo alrededor de trescientos muertos y varios miles de heridos. La Plaza de Mayo ofrecía un panorama temible donde se mezclaban cadáveres destrozados, heridos, mutilados en charcos de sangre, el humo de los incendios, trolebuses quemados, los gritos desesperados de los que trataban de huir. A todas luces una masacre practicada sobre la sociedad civil que no reconoce antecedentes en la historia argentina pero que inaugura la posibilidad del asesinato masivo sin sanción. En los años venideros, la Revolución Libertadora utilizaría los basurales de José León Suarez para matar a discreción obreros y militantes peronistas de la resistencia, empleando la lógica de la exclusión de los disidentes. En este terreno, la Libertadora avanzó sobre la vida privada de la población al promulgar el decreto 4161 que prohibió toda exhibición de símbolos referidos al peronismo a la vez que quedaba severamente penada la mención del *“nombre propio del presidente depuesto, el de sus parientes, las expresiones peronismo, peronista, justicialismo, justicialista, tercera posición, la abreviatura P.P.”*^{xviii}. Como si no bastara con el intento de convertir en tabú los nombres propios el gobierno de facto ordenó robar el cadáver de Eva Perón del local de la CGT y lo hizo desaparecer por más de 15 años. Se intervino la CGT y todos los sindicatos de base lo que implicó la inhabilitación de más de 150.000 delegados de fábricas, a la vez que fueron encarcelados cientos de dirigentes sindicales y políticos. Se crearon comisiones especiales para detectar lo que se dio en llamar “crímenes peronistas”. Se anuló la Constitución del 1949 y se declaró vigente la de 1853. Se ordenó la disolución de la Fundación Eva Perón y se quemaron toneladas de vestimentas, ropa de cama, instrumentos quirúrgicos y todo lo que llevara el sello de la Fundación, incluso pulmotores en momentos que Buenos Aires

padecía de una epidemia de poliomielitis. John William Cooke definió la situación de manera magistral cuando dijo que el peronismo se había convertido en *“el hecho maldito del país burgués”*.

Habiendo logrado el ser reconocido como un *axía* particular o como parte en el reparto de los bienes, “los descamisados” perdían ahora ese lugar a la vez que se limitaba su atributo distintivo como *demos* en dos cuestiones: la libertad de elegir y nombrar. Se iniciaba el intento de domesticación que culminaría con el golpe de 1976. Un claro ejemplo de lo expuesto fue el período 1958 – 1966 en el que se verificaron políticas económicas que incluyeron devaluaciones de la moneda, congelamiento de salarios, anulación del control de precios estatal, aumento de tarifas y contracción del mercado de trabajo. En el orden político se dio una severa restricción de la participación popular a partir de la proscripción del movimiento político del peronismo con una elección anulada en provincia de Buenos Aires. Por otra parte, todo el período reconoce una permanente tutela militar de los gobiernos electos. Un ejemplo claro es la aplicación del plan Conintes (Conmoción interna del Estado) que facultaba al gobierno, frente a conflictos laborales o sociales, a militarizar centros industriales o ciudades y a proceder con allanamientos y detenciones sin cumplir las normas constitucionales. El plan fue creado por Decreto Secreto 9880/58 en noviembre de 1958 y puesto en ejecución por Decreto 2628/60 en marzo de 1960. Se generaba un verdadero “estado de excepción” que conllevaba detenciones preventivas. Se habilitaron para los detenidos las prisiones militares de Magdalena y Punta Indio y se rehabilitó la cárcel de Tierra del Fuego.

En respuesta se dieron variadas formas de resistencia que incluían desde radios clandestinas y el uso de distintivos como la flor nomeolvides hasta el sabotaje fabril. La novedad de estas formas de resistencia fueron las redes de solidaridad clandestinas que se organizaron en los lugares de trabajo y en los barrios. Una demostración de lo dicho fue la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre para evitar su privatización. Dentro de este episodio nos interesa destacar dos cuestiones: el proyecto obrero de modificar el sistema productivo de la planta, para un procesamiento completo del animal sin desperdicios, donde al decir de los involucrados *“lo único que no hemos resuelto es como procesar el mugido”*^{xix} y el apoyo recibido del barrio de Mataderos, sede del frigorífico, en la resistencia posterior al desalojo que incluyó barricadas y enfrentamientos que duraron una semana y que serían el antecedente de posteriores levantamientos urbanos. Ambas cuestiones daban cuenta de una forma de organización fabril de los trabajadores que excedía las demandas salariales o de mejora de las condiciones de trabajo, implicando una novedad ya que no se habían desplegado así durante la etapa del estado protector peronista. Por otra parte, su unión con una organización territorial, como era el barrio, ponía de relieve la potencialidad de los lazos informales de la familia, la vecindad y el lugar de trabajo. Estos lazos primarios comenzaron a proveer protección y defensa a los obreros en lucha de una manera tal que ninguna organización formal podía igualar, tal fue el caso de las familias de los trabajadores presos.

-
- ⁱ Citado por Feinmann José Pablo en Peronismo. Filosofía política de una perspectiva argentina Planeta, Buenos Aires, 2010 pag. 148
- ⁱⁱ Testimonio citado por Daniel James en “Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946 – 1976 Edit Sudamericana Buenos Aires 1990 pag. 41
- ⁱⁱⁱ Anales de la Sociedad Rural año 1944
- ^{iv} Daniel James, 1995 “17 y 18 de octubre de 1945: El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina” en Juan Carlos Torres (comp.) “*El 17 de octubre de 1945*”, Buenos Aires ,Edit. Ariel, pag. 221
- ^v Testimonio citado por Daniel James en “Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946 – 1976 Edit Sudamericana Buenos Aires 1990 pag. 42
- ^{vi} Jacques Ranciere “El desacuerdo. Política y filosofía” Edit. Nueva Visión, Buenos Aires, 2007 pag. 23
- ^{vii} Jacques Ranciere “El desacuerdo. Política y filosofía” Edit. Nueva Visión, Buenos Aires, 2007
- ^{viii} Op. cit. Ranciere “El desacuerdo pag. 19
- ^{ix} Ranciere pag. 20
- ^x Platón “La república” Unam, México 1971, pag. 23 y 24
- ^{xi} Ranciere Jacques “Disagreement, politics and philosophy” University of Minnesota Press, 1999, citado por Laclau en “La razón populista” op. cit pag.123
- ^{xii} Daniel James op. cit. Pag 221
- ^{xiii} Daniel James, op. cit. pag. 108
- ^{xiv} Daniel James Op. cit pag. 110
- ^{xv} Daniel James Op. cit pag. 111
- ^{xvi} William Mc Dougall, The Group mind, Cambridge University Press, 1920 citado en Laclau Ernesto, 2010 “La razón populista, Buenos Aires, FCE, pag. 71
- ^{xvii} Testimonio citado en Scoufalos Catalina “1955. Memoria y resistencia” Edit. Biblos, Buenos Aires, 2007 pag. 31
- ^{xviii} Decreto 4161 citado en Scoufalos Catalina op. cit. Pag. 27
- ^{xix} Citado por Salas Ernesto, “La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre” CEAL, Buenos Aires, 1990

Bibliografía

- Feinmann José Pablo, 2010, Peronismo. Filosofía política de una perspectiva argentina, Buenos Aires, Planeta
- James Daniel, 1995, en “Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946 – 1976, Buenos Aires, Edit Sudamericana
- Laclau Ernesto, 2010, “La razón populista, Buenos Aires, FCE
- Platón, 1971 “La república”, México, Unam

Ranciere Jacques, 2007, "El desacuerdo. Política y filosofía", Buenos Aires, Edit. Nueva Visión

Salas Ernesto, 1990, "La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre", Buenos Aires, CEAL,

Scoufalos Catalina, 2007, "1955. Memoria y resistencia", Buenos Aires Edit. Biblos.

Torres Juan Carlos (comp.), 1995, "*El 17 de octubre de 1945*", Buenos Aires, Edit. Ariel